

Los altoparlantes hostigan desde todas las esquinas en las seis manzanas que componen el centro de la ciudad. Desde las ocho de la mañana hasta las siete de la tarde —con una interrupción entre las dos y las cuatro, la hora de la siesta—, Palito Ortega y Violeta Rivas flanquean los anuncios publicitarios. Adriano Celentano escolta con su canto una empeñosa hilera de marchas militares que se repiten cada sesenta minutos.

Junín —80 mil habitantes— se resiste con entusiasmo a abandonar su condición de pueblo. Una vocación alimentada por la la próspera burguesía, que puebla la iglesia los domingos y se engalana, al caer el sol, para recorrer la calle Sáenz Peña. Allí se agrupan la mayoría de los comercios y nacen las calles laterales que albergan los principales centros de diversión: los cines y confiterías. Esa geografía sin sobresaltos muere doce cuadras más allá: las vías del ferrocarril dividen a la ciudad en dos partes que apenas se rozan, que se ignoran con natural desconfianza.

Desde que se enteraron de la aparición de *Nanina*, los juninenses comenzaron a inquietarse. Germán García, el autor de la novela, reconoció que sus personajes existen y, para colmo figuran en el libro con nombre y apellido. La semana pasada, Silvia Rudni, de Primera Plana, se trasladó a Junín — conversó con los protagonistas.

Del lado de acá

Son las tres de la tarde y un viento helado silba entre los naranjales de la Plaza San Martín. A veinte metros, en *Mon Café*, la viajante de comercio Elsa Bianciotti prende un cigarrillo y se queja: “A mí me parece una verdadera asquerosidad”. Ella, Héctor Doyle, Elida Grandinelli, y Héctor Boccardi, se afanan sobre las páginas de *Nanina*. Una decena de curiosos se acercan, leen algunos párrafos y se arraciman sobre el mostrador, para ensarzarse luego en conjeturas y calientes opiniones.

El día anterior, el médico Héctor Boccardi se había atemorizado ante los rumores de que “García habla pestes de todo el mundo”. Según parece, tanto él como el cordobés Helio Gazzia, el colombiano Jacobo, Yaco, Pájaro Rosales y Alberto Paletta, compartieron un departamento, apodado *La Pulpería de Mandinca*. Allí García “fue recogido cuando no tenía donde vivir”. Boccardi sólo recupera la calma al comprobar que él no figura en los originales y que de *La Pulpería* no se habla demasiado.

“Germán es un buen muchacho —opina entonces—, aquí lo apalearon mucho. Para mí, literariamente no vale nada; pero, por lo menos, tiene la valentía de decir muchas cosas.” Con una sonrisa melancólica que no lo abandona nunca, bendice: “Ojalá que le vaya bien”. Los otros lectores, mientras tanto, lanzan gritos de excitación, se indignan, reparten comentarios: “Mirá, aquí figura el café”, o “¿Y éste quién era? ¿Vos te acordás del petiso?”.

Para Héctor Doyle, redactor del matutino clerical *La Verdad*, la lectura de algunas partes fue una decepción: “Yo creía que se trataba de una novela sobre Junín, donde contaba lo que él hacía y lo que hacían los demás. Pero si cuenta su vida no tiene por qué poner intimidades; cómo va a decir que se masturbó cuando leía las *Memorias de una Princesa Rusa*: esas no son cosas para escribir.”

Boccardi, más triste que nunca, no está de acuerdo. “Después de todo —replica—, todos hacen lo mismo cuando leen las *Memorias*; sólo que Germán es valiente y lo dice.” En medio del silencio, un hombre vestido de gris, que no quiere dar su nombre, se levanta y ulula: “Un momentito: todos no hacen lo mismo porque, para que lo sepa, yo nunca lo hice y ni siquiera he leído esa obscenidad.” Al fondo, dos abogados se trenzan en una interminable discusión: “El Intendente de Junín, ¿puede o no puede prohibir el libro?”

Fue Elsa Bianciotti, la noche anterior, quien resumió una idea que —seguramente— rumían la mayoría de los juninenses: “Una persona que nace aquí, que crece aquí, no tiene derecho a renegar de su pueblo. A García lo conocí muy poco, pero siempre fue algo extremista.”

“Sí, era medio loco —confirma Gerardo Inglés Doyle, hermano de Héctor—, pero si quiere hablar mal de Junín es cosa de él. Hizo muy bien en irse, ¿qué podía hacer aquí?” Los ojos azules de este hijo de ingleses, que lee *Time* todas las semanas, se cebican detrás de los lentes ahumados: “Este libro es como un vómito. ¿Usted cree que podrá escribir otras cosas cuando hable de alguien que no sea él mismo?”

“Junín —augura Boccardi— se sentirá ofendida y herida para siempre por García.” Por eso, Blanca Teresa García, la madre del novelista, sospecha que “quizás me tenga que ir de

aquí. Por lo menos es lo que me dice un amigo de Germán que leyó *Nautina*.”

Para él no es ningún problema: “De todos modos, pensaba mudarme a Buenos Aires. Lo que diga la gente no me importa; lo que importa es que a él le vaya bien. Siempre fue muy inteligente.” El capítulo que ha leído “me gustó pero le dije a mi hijo que ya que me ponía en la novela por lo menos no hubiera escrito que usaba una blusa azul descolorida”. Se ríe y juega con el collar de perlas: “El otro día vino un muchacho a felicitarme. Después me quedé pensando que, a lo mejor, él estaba muy contento”. Y eso que Germán lo critica en la novela. ¡Qué le va a hacer!”

“Germán nunca tuvo en cuenta la amistad, pero si le va bien yo me a gusto mucho.” Alberto Paletta, es visitador médico, y confiesa que “en Junín sólo son felices los conformistas. Yo, de algún modo, lo soy, pero García siempre estuvo en contra, aunque nadie lo tomaba muy en serio.” Únicamente *Quele Gazzia*, el médico cordobés, estaba seguro de que su amigo iba a ser *alguien*. “Cuando nos quejábamos porque hablaba todo el tiempo y se ponía cargoso —narra Paletta—, *Quele* siempre lo defendía.”

En el Consultorio de la Clínica del Oeste, Gazzia se entusiasma como un chico: “Esta mañana, Boccardi me leyó unos párrafos por teléfono: me llama *el robusto médico* o algo así, ¡este Germán!” Con los ojos brillantes y una decidida tonada cordobesa, Gazzia informa: “Germancito escribía todo el tiempo. Yo siempre le decía —y él se enojaba mucho— que tenía la personalidad típica del epileptoide: le daban ataques de hiperexcitación y podía escribir ocho horas seguidas donde fuese, aunque alrededor hubiera gente. Era un neurótico productivo.”

El Director de Cultura de Junín, Raúl Aguirre (40 años), se retuerce los bigotes: “Ahora todos quieren ser amigos de García y muchos ni lo conocieron: lo que pasa que aquí no hay mucho para hacer, la gente se aburre y por eso habla.” El pintor Aguirre es casi un recién llegado: “Yo también hice mi pequeña patriada. Soy de Pergamino y llegué a Junín hace nueve años.” Si García podrá o no escribir otra novela “a mí no me interesa, él está en su cosa y lo felicito”. Para celebrarlo, se despachó dos ginebras ante Primera Plana.

Del lado de allá

Desde los 13 hasta los 16, García fue obrero en el taller de rectificación mecánica Ghirardi & Vautier, una experiencia que narra en *Nanina*, minuciosamente. Juan Carlos Ghirardi —con la ficha de ingreso de García en la mano— se acuerda de un chico “a quien todos tomábamos por loco porque tenía libros debajo del brazo y se quejaba del trabajo”. “La verdad —cuenta Néstor López, mecánico, 19 años en la fábrica—, él estaba en contra de este trabajo. Pero nunca creímos que resultara escritor. Voy a comprar la novela; si habla mal no importa, a Junín la hace falta.” Rodolfo Aprigliano y Omar Baldassari están contentos: “Después de todo, empezó aquí. Siempre hacía versos; hay que comprar un ejemplar para ver lo que dice.” Cuando salió el primer reportaje, “esto era un alboroto; compramos una botella de sidra y brindamos por él. ¿Es cierto que nos nombra?”

A Brendan Wilson, uno de los encargados de *Mon Café*, no le cabe ninguna duda: “Claro que nos nombra. Espero que nos dé con un caño.” Pero la tarde siguiente, cuando leyó tres o cuatro carillas, profetizaba: “Esto va a ser un lío; cuando llegue la novela al pueblo no sé qué pasará.”

Es probable que tantos fervores no se agotan en mucho tiempo. “Hace poco García estuvo por aquí, y dijo que Junín se rige por el código del aburrimiento. Eso no es cierto, a esta ciudad hay que saber entenderla”, defiende Andrés Marresse, redactor del vespertino local *Democracia* (fundado por el desaparecido doctrinario radical Moisés Lebensohn) y uno de los gestores de *Fortinero*, Ariel de Siervo, escucha los comentarios con una secreta alegría: “Si hay lío, mejor; esta ciudad necesita sacudones.”

El miércoles pasado a medianoche en una mesa de *Mon Café* y con una copa de vodka en la mano, el *Inglés* Doyle reflexionó: “García es nuestra tercera gloria. Las dos primeras fueron Eva Perón y Artime. Evita tiene aquí pocos enemigos; Artime ninguno. Me temo que García será nuestro héroe más odiado, aunque tal vez es eso lo que quiere.”

Primera Plana, 20-8-1968.